

## Viajando como animales: ¿Cómo Moscas?

Por Antonio Pérez Manzano<sup>1</sup>

Un estimado amigo me hizo llegar un cortometraje publicado en ELPAIS.COM, realizado por Nieves Prieto y Fernando López, el cual debo confesar que me arrancó algunas lágrimas.



Una voluntaria del grupo “Las Patronas”

De la misma manera que nos sorprendemos por las distintas formas en que se está manifestando la violencia tanto en México, como en otros países, al mirar las imágenes de “*El tren de las moscas*”, no podía dejar de expresar mi admiración y dolor por lo que pasa en mi país. Lo anterior me lleva a preguntarme: ¿esto está pasando realmente en mi país? Las imágenes no mienten. ¿Hasta qué grado de insensibilidad hemos llegado como sociedad? Y, los gobiernos de la región, incluyendo el de México ¿Qué medidas efectivas están tomando?

Aceptando el realismo como forma de ver las cosas, podemos decir que el problema de la migración al norte en busca de trabajo no va a desaparecer en el corto plazo, pero mientras tanto, habría muchas cosas por hacer para que el drama presentara un rostro más humano. Asimismo, debemos de aceptar que, desde México –pasando por todo Centroamérica- hasta algunos países sudamericanos, no existe la capacidad económica de los gobiernos para crear empleos para la población demandante; así como tampoco el sector empresarial, el que buscando el mayor lucro posible –con sus honrosas excepciones- paga salarios bajos y ofrece condiciones mínimas para la supervivencia del trabajador y su familia; que inclusive gran parte de tales dividendos en lugar de reinvertirlos en el lugar donde se generaron, los llevan a otros lugares donde posiblemente obtienen mayores beneficios, como cualquier transnacional. Desde luego que están en su derecho, aunque quede de lado el nacionalismo, ya que los intereses económicos no tienen fronteras, pero sí los de los ciudadanos.

Si los habitantes de los países a que se hace referencia no encuentran trabajo, si los que lo encuentran reciben bajos salarios y magras prestaciones, ¿qué otros caminos les quedan? Alguien podría responder de inmediato: El de la ilegalidad, lo que los llevaría a delinquir o a emigrar a otro destino. La brújula de los dólares les señala que es hacia Estados Unidos –donde no los quieren, los maltratan y los explotan- hacia donde deben dirigirse. Pero, desde su propio país son indocumentados, porque no cuentan con un pasaporte, una visa y de los recursos necesarios para la aventura.

Son cientos de miles los indocumentados que atraviesan cada año el territorio mexicano, para dirigirse a la frontera norte, donde enfrentarán calamidades mayores para pasar como “mojados”, tratando con polleros, narcotraficantes y todo tipo de maleantes que hacen de la indefensión de los migrantes, un buen negocio.

---

<sup>1</sup> El autor es Embajador de México jubilado y Editor de la Revista Electrónica “ADE”



La cruda realidad de este fenómeno social nos muestra que ante la magnitud del problema parte de la sociedad ha querido mitigar en algo el dolor de nuestros hermanos centro y sudamericanos. Un grupo de mujeres habitantes de un pequeño pueblo del Estado de Veracruz, a quienes les llaman **“Las Patronas”**, se encarga de obsequiar con bolsas de comida y botellas con agua, a los migrantes que pasan “volando” en el tren, donde van de moscas (así se les dice a quienes viajan en un vehículo sin pagar boleto). Este es un ejemplo enternecedor y que nos debe mover a la reflexión. Se sabe de otras loables acciones humanitarias, como las que realizan párrocos de una iglesia en Arriaga Chiapas y de otra población de Oaxaca.

No obstante lo anterior, debemos de preguntarnos una y otra vez: ¿Qué hacemos por los que decimos que son como nuestros hermanos, mientras vemos las imágenes en el televisor o en la computadora? ¿Qué hacen las demás organizaciones civiles tanto nacionales, como extranjeras? Y, desde luego ¿Qué hacen los gobiernos?

Al parecer la indiferencia casi generalizada ante el problema de los que viajan como moscas, se reduce al pensamiento expresado en el cortometraje que se menciona, por una de las patronas quien dijo: **“El que menos tiene más ayuda”**.

No puedo dejar de mencionar que, en contraste con la labor que realizan las patronas y los párrocos de los lugares citados, desde hace tiempo han surgido grupos, bandas, mafias de maleantes que aprovechando de la vulnerabilidad que muestran los migrantes, se dedican a asaltarlos, a violar, a obligarlos a llevar contrabandos y hasta privarlos de la vida. Esos no son hechos aislados, se sabe de cientos o miles de asesinados, cuyos datos no se pueden corroborar dado que muchos de ellos solo son marcados como *“desaparecidos”* y pocas veces se sabe a ciencia cierta donde quedaron. ¿Fueron víctimas de las bandas de Maras Salvatruchas? ¿O bien, de grupos como los llamados Zetas? ¿De los traficantes de personas conocidos como polleros? Y finalmente, ¿fueron victimizados por alguna autoridad de alguno de los países por donde transitaron?

Todo el dolor que encierra el cuadro descrito, no ha sido suficiente para que los gobiernos de la región –incluyendo el de los Estados Unidos- se sienten a platicar, a negociar acuerdos que permitan resolver dicha situación.

Tengo la percepción de que durante muchos años, la política migratoria mexicana ha estado dirigida a controlar los flujos migratorios hacia su territorio y de paso, servir de barrera a quienes pretenden llegar a los Estados Unidos a través de México; o por lo menos de filtro a la cada vez mayor corriente migratoria sur-norte. Tales acciones de hecho, son contrapuestas a la apertura comercial y a las campañas para la atracción de turistas, lo que nos trata de hacer ver como un país de oportunidades y hospitalario.

Todos tenemos una responsabilidad con las personas que no encontrando en su propio país las condiciones para vivir con dignidad, buscan otros horizontes, con la esperanza de que el *“sueño americano”* los cobije, o que la *“hospitalidad”* mexicana, les permita disfrutar de una estancia libre de peligros, de sus bellezas naturales, de su gastronomía y de tantas cosas mas que desde nuestro país han llegado a todos los países latinoamericanos. Los migrantes a que me refiero son recibidos con cierta hostilidad y desconfianza –parece obvio, pues nadie sabe quienes son, ni cuales son sus intenciones-, solamente el trenecito del sureste los acepta como *“viajeros”*

*moscas*” sin reclamar exceso de peso, identificación, ni pedirles un pago por el traslado. Tampoco les ofrece comodidades, ni mucho menos seguridad.

Pero, ¿qué deben y pueden hacer los gobiernos? La respuesta no es solo una y tampoco es fácil. De manera individual cada gobierno, cada sociedad, grupo empresarial, e inversionistas, deberían de invertir lo suficiente para crear los empleos necesarios en su entorno y asegurarse de que fueran bien remunerados. No se debe seguir compitiendo a ver quien ofrece la mano de obra más barata, para atraer a las empresas extranjeras; así como tampoco ofreciendo todas las seguridades y exenciones que se otorgan, convirtiendo a las empresas extranjeras en privilegiadas en comparación con las nacionales.

Por otra parte, ¿una política de fronteras abiertas sería posible? Suponiendo que el gobierno de México decide eliminar el requisito de visa a nacionales de Centro y Sudamérica, ¿cuáles serían las repercusiones positivas y negativas? Resulta obvio que una medida como la que se menciona sin contar con la reciprocidad de los otros actores, está destinada al fracaso, o a recibir más cosas negativas, que positivas de la otra parte.

La apertura comercial entre México y Estados Unidos si bien ha incrementados los montos del intercambio comercial, no ha contribuido a resolver el problema del desempleo, más bien lo ha agravado. Es verdad que gracias a esa apertura estamos inundados de productos de todo tipo, de negocios – franquicias variadas; así como de dólares y sobre todo: Armas.

En reciprocidad a nuestra apertura casi unilateral, cada que una organización estadounidense se queja ante una autoridad de su país -en el sentido de que sus intereses se ven amenazados-, se toman medidas restrictivas en contra de nuestras empresas o comerciantes; empezando por los transportistas, los productores de camarón, de atún, de aguacate y de muchos otros bienes genuinamente mexicanos. Los productos ensamblados o maquilados en nuestro país, no tienen problemas para circular en ese libre mercado norteamericano.

Seguidamente, ¿el tránsito de personas? Como somos adictos o menesterosos de dólares, sobran las campañas promocionales invitando a los nacionales de los países miembros del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, para que vengan, que nos visiten, de disfruten de la hospitalidad mexicana. Y, los mexicanos que desean hacer recíprocas tales bondades cuando tratan de viajar al norte deben demostrar ampliamente su solvencia económica y hasta moral, pues si usted le ha mentado alguna vez a la autoridad migratoria, simplemente no le dan la visa.

La otra alternativa es viajar como indocumentados (ilegales les llaman las autoridades del país de destino), con todos los riesgos que implica viajar en esas condiciones y la debilidad en que los coloca dicha situación ante los empleadores del otro lado del Río Bravo, quienes los explotan haciéndolos trabajar largas jornadas, con salarios más bajos que los oficiales y en condiciones en muchos casos indignas.

Parece obvio señalar que si México decidiera suprimir todo requisito a la libre circulación de personas en su territorio, tendría reacciones de sus vecinos. Con un simple pasaporte o identificación oficial, los nacionales tanto centroamericanos, como de otros países de la región podrían viajar por avión, autobús, automóvil rentado, o por ferrocarril (si lo hubiera), pero ya con comodidad y sobre todo seguridad de que llegarán al destino que han escogido. ¿Que esto le incomodaría a nuestros vecinos del norte? Seguramente sí.

Si tal fuera la reacción podríamos sentarnos a analizar la problemática en su conjunto y encontrarle una solución permanente, tanto en el ámbito nacional, como regional. Parecería un sueño pensar que en poco tiempo nuestros personajes desconocidos (indocumentados), pero conocidos como “*hombres moscas*”, pudieran viajar cómodos y seguros por toda la República Mexicana, sin importar el punto cardinal a donde se dirigieran. ¡Veremos, hermanos latinoamericanos!

REVISTA ADE